

ERNESTO LEFEVRE

EL TRIUNFO DEL TALENTO

Drama en cuatro actos y en prosa.

PERSONAS

- AMALIA
- ALEJANDRO, abogado
- JOSE LABORDE, padre de AMALIA
- ANA
- DOS DEPENDIENTES
- TERESA, aya de AMALIA
- UN PORTERO
- UN INDIO
- MARQUES DE ROCHEFORT
- ERNESTO LEFEVRE
- CRIADOS, PUEBLO
- LEOPOLDO, médico

ACTO PRIMERO

ESCENA I

LABORDE. En seguida Dos Dependientes. Teresa [*Bordando.*] [*Tomando su sombrero.*] Qué sacrificios hacen los padres por sus hijos! Tendré que perder una ó dos horas, y el tiempo es dinero. [*Mirando por la ventana que dá à la calle.*] Parece que ha venido el marqués de su escursión: él me dará noticias. (*Sale.*)

UNDEP. Hemos concluido nuestros trabajos y estoy dispuesto á pasear esta tarde: ¿A dónde nos dirigiremos?

OTRO DEP. Adonde quieras; con tal que hagamos ejercicio, pues bien necesitamos distraernos.

DEP. 1º [*Aparte.*] [*No había yo reparado en el aya de la Señorita Amalia.*] ¿Cómo os hallais, Señora Teresa?

TER. Perfectamente. Gracias. ¿Y vosotros siempre de buen humor?

DEP. 2º Para nosotros no hay mal tiempo, Señora. [*Dirigiéndose à la puerta de la izquierda.*] La Señorita Amalia parece que ha concluido el balance. [*Volviéndose hácia Teresa.*] Qué jóven tan hacendosa y amable! Hace dos años llegué a París y me causó grande admiración ver á una niña de diez y ocho años hecha cargo de los

ERNESTO LEFEVRE

EL TRIUNFO DEL TALENTO

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

ELEUTERIO DERKES

Estrenado en el Teatro de Guayama en la noche del 25 de marzo de 1871.

ARROYO

Imprenta de Salina y Sánchez

1872

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

1881764 JMS
 c.1
 27-abril-06
 13/nov/08
 mdsrs

libros del almacén, y desempeñando su cometido como pudiera hacerlo un hombre muy versado en la contabilidad. ¿Es posible, me decía á mí mismo, que una mujer pueda dedicarse con buen éxito á este género de trabajo?

TER. La mujer está llamada á desempeñar grandes cargos en la sociedad. Fórmese para el efecto, y llenará debidamente sus deberes. Educándola cual corresponde, tendrá el marido en su esposa una mujer digna de llevar este honroso título, un ser que comparta con él las graves obligaciones del lazo conyugal. Pero si se descuida la educación y se la deja ignorante, dará los frutos consiguientes. Muchos consideran á la mujer como un mueble de puro lujo; mas cuando le poseen, le juzgan como artículo de primera necesidad, sin darla todo el valor que en sí tiene.

DEP. 1º Señora, no en vano habeis formado de la Señorita Amalia un magnífico modelo.

TER. He hecho todo lo que ha estado á mi alcance. Jamás serán excesivos los cuidados que se pongan en formar el corazón de una mujer, y en adornarla con los conocimientos que necesitará en el transcurso de su vida. He dejado que Amalia lleve el gobierno de la casa durante muchos meses, para habituarla á los quehaceres domésticos, y la he enseñado lo poco que sé.

DEP. 2º Que es mucho. Habeis hecho muy bien, Señora.

TER. La misión de la mujer es tan grande, tan inmensa! Nada menos que la de ser el ángel del hogar para que broten de él la armonía y la paz: dirigir la primera educación de los tiernos vástagos que han de formar el árbol hermoso de la familia: sufrir todos los contra-tiempos con resignación y paciencia.... Ah! esa es la delicada misión de la mujer!.... Para llegar á ese grado es necesaria la educación, la instrucción, la luz.

DEP. 1º Señora, cuando se está en vuestra compañía siente uno verdadero placer en oiros. ¿Quién a vuestro lado no se inspira en nobles ideas, en elevados pensamientos? ¿Y decís que nos abandonais?

TER. [Levantándose.] No os abandono, os dejo.... Acaso algún día volveré.

DEP. 2º
TER.

DEP. 1º y 2º

Voy á gozar, después de doce años de ausencia, del aire puro que se respira en Alemania, mi país natal.
¿Con qué os vais?

Sí.... sí: ¿es verdad que no me olvidareis?

¿Olvidaros?.... Jamás. [Retíranse saludando.]

ESCENA II

TERESA. AMALIA.

TER.

[Dirige la vista hacia la izquierda.]
Amalia.... Os entusiasmais tanto, niña, cuando teneis un libro ó un periódico en la mano que os olvidais hasta de tomar alimento: en todo llegais á los extremos; nunca os quedais en el justo medio.

AMAL.

(Entrando.) Teneis razón. ¡Me gusta tanto la lectura!....

TER.

¿Qué periódico leiais?

AMAL.

“EL INVESTIGADOR” Es un nuevo periódico redactado por un jóven marsellés: de gran talento, según dicen; y en verdad que me agrada mucho su estilo.

TER.

¿Cómo se llama el Redactor?

AMAL.

Ernesto Lefevre.

TER.

Ah! sí; lo conozco mucho. Dícese que tiene como unos veinte y cinco años: aseguran que es una de las notabilidades de París: un literato consumado que figurará entre las celebridades ilustres de la Nación francesa.

AMAL.

¿Si será el mismo que nos fué presentado en casa de la condesa de Lancáster?

TER.

Creo que sí. Era un jóven modesto, fino, algo trigueño, de fisonomía simpática, aunque un tanto melancólico.

AMAL.

Sí, sí. La casualidad hizo que estuviese conversando con él como media hora: cuanto más le oia más me agradaba: ¿por qué os lo he de ocultar?... Sin embargo, me turbaba un poco cuando con aire apasionado me dirigía afectuosas palabras.... Huérfano á la edad de diez años, tuvo que sufrir los rigores del hambre y de la miseria; mas soportando con valor y heroísmo los rudos golpes de la adversidad, logró formarse por sí mismo, después de continuas dificultades y prolongadas luchas.

TER.

Por fin ha vencido. Hoy se presenta

excitando la admiración de la sociedad parisiense: elogiado por todas partes, y por donde quiera recibido con entusiasmo y respeto, marcha de ovación en ovación... ¡Ah qué grandeza del alma! En esos terribles combates, los débiles sucumben, los grandes triunfan! Pero me parece que no data de tan corta fecha tu conocimiento con ese jóven. Hace cinco años, cuando estuvimos en Marsella, dióse en la casa que nos hospedamos, un concierto, en el cual tomó parte dicho jóven: él tocó el piano, yo canté.

AMAL. De modo, que me dejais traslucir que desde aquella época quedó herido el amante corazón del periodista.

TER. Oh! no.....

AMAL. ¿Qué mujer no conoce si un hombre está ó no apasionado? Hay en las personas que verdaderamente se aman, un no sé que de misterio, una simpatía estrecha que liga sus almas con lazos invisibles: no dudeis, pues, que se adivinen sin comunicarse sus pensamientos, como me sucede ahora con vos.... ¿De modo que no aceptas al Sr. marqués de Rochefort?

TER. No.... Cuando una no ama qué quereis. ¿Cómo podré ser esposa de un hombre que mi corazón reprueba? El marqués es altivo, de carácter atrabiliario; yo humilde y de condición pacífica. El tiene cincuenta años, y yo veinte.... Ya que la unión es eterna, séale dado á una elegir con pleno convencimiento á la persona con quien ha de pasar sus días.

ESCENA III

TERESA. AMALIA. LEOPOLDO. UN CRIADO.

CRIAD. *(Desde la puerta.)* El Sr. Doctor Leopoldo.

LEOPOL. *(Entra saludando.)* Hace poco ha estado el Sr. Laborde en casa. Había salido yo en aquellos momentos, y enterado de su solicitud he venido á ponerme á sus órdenes. *(Siéntase.)*

TER. El Sr. Laborde le busca para ver si por su medio llega á conocer al jóven que nos salvó ayer la vida en el Bosque de Bolonia. Deseamos conocer al intrépido caballero que, en tan inminente riesgo, logró detener el ímpetu de los desbocados caballos,

evitando nuestra desgracia. Quisiéramos darle personalmente las gracias. Ayer tarde, por un lado la oscuridad, pues ya anochece; yo, medio accidentada, esta niña llena de consternación, su padre asustado; luego la multitud de personas que poco después voló á nuestro auxilio, todo fué causa de que nuestro bienhechor desapareciera sin que tuviésemos tiempo de verle, ni de expresarle nuestro agradecimiento.

LEOPOL. He oído hablar de ese fatal acontecimiento. Según se dice, la persona que detuvo los caballos fué Ernesto Lefèvre, persona de mi conocimiento que hace poco regresó de la Habana.

TER. ¡El Director de "EL INVESTIGADOR" ¡Valiente jóven! Mucho tenemos que agradecerle.

AMAL. ¡Cielos!.... ¡Ernesto!....

LEOPOL. Cumplió con un deber de caballero.

ESCENA IV

LABORDE. ERNESTO. LEOPOLDO. TERESA. AMALIA.

LAB. *(Haciendo entrar á Ernesto.)* Adelante, amigo mío, adelante. Aquí teneis al Sr. Ernesto Lefèvre, nuestro salvador. Desde hoy debemos considerarle como nuestro mejor amigo. *(Le ofrece una silla.)*

TER. ¡Cuánto lo celebramos! Sr. Lefèvre, usted vivirá eternamente en nuestra memoria.

LAB. Sí, pues tan generosa y heroica acción....

ERNEST. Es nada, si se compara con la dicha que experimento al conocer á Vds.

CRIAD. Un sugeto á quien dijo usted que viniera hoy por la tarde aguarda en el despacho.

LAB. Sí: voy allá. *(A Leopoldo y Ernesto.)* Señores, disimulen ustedes que volveré al momento. *(Aparte á Teresa.)* Tened la bondad de buscarme los papeles que os indiqué, pues me he cansado y no he podido dar con ellos.

TER. *(A Ernesto.)* Contad con nuestra gratitud y agradecimiento. *(Váse seguida de Laborde.)*

ESCENA V

AMALIA. ERNESTO. LEOPOLDO.

AMAL. [A Ernesto.] ¿Permaneció Vd. mucho tiempo en La Habana?
 ERNEST. Cerca de dos meses. Estuve también en Méjico y en los Estados Unidos. Años hacía que yo deseaba ver el Nuevo Mundo.
 LEOPOL. Y qué tal; ¿te ha gustado los Estados Unidos?
 ERNEST. Ah! sí; es un gran pueblo. Acabo de ver en la fonda de la esquina al hermano tuyo que conocí en Nueva York.
 LEOPOL. ¡A Camilo!
 ERNEST. A Camilo.
 LEOPOL. [Retirándose] Gracias por la buena noticia. (A Amalia.) Señorita, á los piés de Vd.

ESCENA VI

DICHOS, MENOS LEOPOLDO.

ERNEST. Señorita Amalia, parece extraño este modo de encadenarse los acontecimientos! ¿Quién me hubiera dicho que tan pronto habría yo de tener el gusto de verla á Vd. y gozar de su amable trato!
 AMAL. Gracias. Ya sabe Vd. que tenemos motivos para apreciarle y agradecerle.
 ERNEST. Señorita, no hago mérito de motivos que en mi concepto carecen de gran importancia, pues el hombre en sociedad tiene imprescindibles deberes que cumplir. Por otra parte temo ser indiscreto; pero un poder irresistible, un noble sentimiento que abriga mi pecho, me hace esperar de Vd. algo más que aprecio y agradecimiento.
 AMAL. ¡Algo más!
 ERNEST. Algo más.... Cuando encontramos un ser cuya sola mirada hace vibrar las fibras del corazón, la imagen de ese ser adorado anima todos nuestros actos, y nos acompaña como un ángel de salvación, ofreciéndonos un hermoso porvenir, y sembrando de flores el camino de la vida. Yo he hallado en Vd. Amalia, ese ser, y deseo realizar la ventura con que soñó mi imaginación juvenil.. La he amado á Vd. desde que por vez primera la ví: de Vd. depende que se unan nuestras almas para siempre.
 AMAL. Sr. Lefèvre, asuntos de esa naturaleza

no pueden resolverse con tanta rapidez. Necesitan meditarse.... y sobre todo consultarse con las personas encargadas de nuestro bienestar.

ERNEST. Señorita: jamás mujer alguna me ha inspirado el inmenso amor que por Vd. siento.
 (Amalia queda pensativa.)

ESCENA VII.

ERNESTO. AMALIA. EL MARQUÉS. UN CRIADO.

CRIAD. [Desde la puerta.] El Sr. marqués de Rochefort.
 MARQ. (Inclinándose.) Bella Amalia, ¿e dura á Vd. el susto todavía?
 AMAL. [Con dulce reconvención.] Sr. marqués.. Mucho le agradecemos la atención que tuvo proporcionándonos sus dos caballos ingleses. Pero desafortunadamente apenas sintieron el chasquido del látigo que echaron á escape, y á no ser por este jóven, acaso estuvierámos ahora en la eternidad.
 MARQ. [Fija con ceño sus miradas en Ernesto.] [A Amalia.] Dispensad.... Señorita: no fué mi ánimo haceros pasar momentos tan desagradables. Deploro con toda mi alma esa fatal casualidad, que debemos atribuir á torpeza del cochero.
 AMAL. He recibido un pañuelo de mano y unos pendientes, hallados esta mañana por un criado vuestro en el lugar de la catástrofe. El pañuelo es mío, los pendientes no.
 MARQ. Hace poco, hablando con la sobrina del embajador de Rusia, me ha dicho que ha perdido unos....
 AMAL. Acaso serán ellos: son de un trabajo exquisito. Teresa los ha guardado: los veréis. (Al marqués y á Ernesto.) Disimulad.

ESCENA VIII.

Dichos, menos AMALIA.

MARQ. Hace tiempo deseaba conoceros.
 ERNEST. Si en algo puedo seros útil....
 MARQ. No sé como podríais serme útil.... He leído vuestros escritos, y por ellos juzgo que no somos de un mismo partido.

ERNEST. Nada extraño sería que os sirviera particularmente, sin sacrificar mis principios. Las diversas fracciones políticas no hacen más que propagar sus doctrinas y sus convicciones, dentro del círculo legal que traza la ley. Cada una de ellas emprende distintos caminos para llegar á enseñorearse de la *opinión pública*, que es la reina de las opiniones.

MARQ. Para llegar á ese fin, es que os habeis convertido en uno de los enemigos míos, que con más pertinacia me combate en "EL INVESTIGADOR."

ERNEST. Soy el que os hace oposición en el periodismo, Sr. Marqués, y en breve os la haré también en la Cámara de Diputados; pero de esto á ser vuestro enemigo personal hay notable diferencia: yo combato las ideas y los principios, y respeto las individualidades.

MARQ. Sois un *hombre del día*: pertenecis á la aristocracia de nuevo cuño; venís con vuestras utopías á electrizar el cerebro calenturiento de millares de franceses, ya lo sé.

ERNEST. Siempre el mismo tema y la misma obstinación en impedir que fulgure la antorcha de la verdad. Muchos siglos ántes de venir Jesucristo al mundo, esos *hombres del día* proclamaban granterrados y aun condenados á muerte. Nace el Cristianismo, y millares de esos hombres del día predicán la libertad, la igualdad y la fraternidad universal, escritas en las páginas sublimes del sagrado código.....

MARQ. Frases brillantes para deslumbrar á los cándidos: toneladas de palabras.

ERNEST. ¡Palabras!....Ideas que son las que gobiernan el mundo; pues triunfantes como se hallan las ideas modernas, esos hombres del día de que habláis se ponen al frente de la civilización conduciendo á la humanidad por el camino del progreso y del trabajo, para librarla del caos por el que pretendieron guiarla esos viejos retrógrados, que rugen de desesperación, como los ángeles caídos, viéndose reprobados por la razón, la justicia y la conciencia de los pueblos.

[*Amalia vá á entrar, pero retrocede sin ser vista y quédase escuchando.*]

MARQ. La mejor contestación á vuestras groseras palabras os la daré con mi

espada... Injurias de esa naturaleza sólo se lavan con sangre.

ERNEST. Estoy dispuesto á todo.... acepto. Los hombres del día han sido formados en la escuela de la adversidad y no les arredran las amenazas.

MARQ. Mañana os enviaré mis testigos, y ellos os indicarán el sitio y la hora.

ERNEST. [*Aparte.*] Adversarios en la política y también según entiendo somos rivales en el amor!....Siempre le encuentro en mi camino. (*Toma su sombrero y sale.*)

MARQ. [*Aparte.*] Ya veo que tendré que matar á ese hombre!

ESCENA IX.

EL MARQUÉZ. LABORDE.

LAB. ¿Qué dice mi buen amigo el marqués de Rochefort?

MARQ. Decía, amigo mío, que esa aristocracia de nuevo cuño intenta invadirlo todo, y hace inútiles tentativas para eclipsar á las antiguas familias de nuestra gran Nación. Unos cuantos intrusos, charlatanes, soñadores, que hacen mucho ruido entre la multitud ignorante, se presentan como los regeneradores de nuestra Pátria, hacen una oposición sistemática al Gobierno, y con audacia inaudita quieren nivelarse con los que desde remotos siglos vienen siendo las columnas del Estado.... El mundo está perdido! La sociedad se hunde!

LAB. Teneis razón, Sr. marqués. En las elecciones presidí algunos comités, y no podeis imaginar lo que he tenido que luchar y que sufrir....¿Pero qué os pasa que estais tan alterado?

MARQ. Acabo de ser injuriado en vuestra propia casa, por uno de esos escritorillos que ha hecho fracasar mi candidatura en la sétima circunscripción.

LAB. ¡Injuriado!....¿Quién es él?

MARQ. El hijo de un obrero de Marsella: Ernesto Lefèvre.

LAB. Pero serenaos....¿qué os ha hecho?

MARQ. Me indigno de recordarlo y no puedo repetir las injurias que me ha echado en rostro.

LAB. Hola! ¡Yo que le creí tan bien educado! Le diré que jamás ponga el pié en esta casa, pues apenas ha entrado en ella rompe las hostilidades

MARQ. con mis amistades antiguas. Poseyendo algun talento, se ha puesto al frente de la redaccion de "El INVESTIGADOR," y fulmina contra nosotros los rayos de sus invectivas y las calumnias más odiosas....Pero hablemos de otra cosa. Os he pedido la mano de vuestra hija, y quedásteis de darme la contestacion....¿qué habeis resuelto?

LAB. Dáosla....¿A quién mejor que á vos? ¿Puedo negaros nada que de mí dependa? Por mi parte todo está conseguido; mas tengo que consultar la voluntad de mi hija.

MARQ. Sí....pero apresuraos: quisiera celebrar el contrato matrimonial cuanto ántes....Estoy cansado de la soledad; deseo tener una compañera.

LAB. Ahora mismo hablaré con Amalia....Ya veremos.... (Aparte.) Este negocio me interesa.

MARQ. A la noche volveré. Cooperad á mis deseos y contad con vuestro verdadero amigo. (Saluda y retírase.)

ESCENA X.

LABORDE. AMALIA.

LAB. Amalia, dime: ¿qué ha sucedido?...He hallado al marqués agitado....colérico....Se ha ido Ernesto....

AMAL. Sobre asuntos políticos creo que suscitóse entre ellos una discusión, que pronto se convirtió en debate, pues parece que son enemigos irreconciliables, y se han desafiado..¿Se batirán, papá?

LAB. ¡Qué van á batirse! Esos no son mas que desahogos pueriles. Mucho más he sufrido yo para poder reunir el capital que hoy tenemos, y no me he batido con nadie.

AMAL. Qué ocurrencias tiene Vd., papá!

LAB. (Sentándose.) Pues es claro....Batirse por tonterías. [Con cariño.] Siéntate, hija mía. Tenemos que hablar sobre asuntos de mucha importancia. Para tí de los más trascendentales, pues ninguna cosa hay para una mujer de tanto interés como la eleccion de marido; y hoy se ha llegado el día de elegir. Dos novios te se presentan: el marqués de Rochefort, y el Sr. Arturo Rollin. Este es uno de los banqueros más acreditados de París; aquel, rico también, descende de los Rochefort,

antigua familia que aun conserva algo de su auge y esplendor, á pesar de las vicisitudes de los tiempos. Tú dirás por cual te decides.

AMAL. No siento amor, papá, por ninguno de los dos que me decís aspiran á mi mano.

LAB. Me parecen buenos partidos....Cuentas ya veinte años: la mujer debe aprovechar esa florida edad para establecer en el mundo. Porque si en sus vacilaciones se pone á decir: "si escogeré este; si me quedaré con aquel," pasa el tiempo inútilmente, y el tiempo vuela y no vuelve.

AMAL. Si me permitís....declararos el nombre de un jóven que me pretende....

LAB. Veamos....Si le amas y es digno de tí....¿Quién es?

AMAL. Ernesto Lefèvre.

LAB. ¿Pero ese jóven no tiene más capital que su talento?

AMAL. Yo creía que ese era uno de los capitales más sólidos.

LAB. ¿Por cuál te decides al fin?

AMAL. Ya lo he dicho papá.

LAB. Ah! Comprendo....Verdad es que Lefèvre es un jóven de un talento extraordinario, un genio en fin, que figurará en la historia contemporánea de nuestra literatura; pero los hombres de ese temple lo saben todo ménos el difícilísimo arte de acumular dinero. Hablan bien, discuten mejor, ven ceñidas sus sienes de inmarcesibles laureles; pero nunca tienen camisa. Ernesto es honrado, buen orador, insigne poeta, según dicen; mas desgraciadamente está reñido con el dinero y lleva el sello fatal de los hombres de talento: la pobreza..Y en estos tiempos, hija del alma, es menester estar por lo positivo. Tú eres jóven y acaso no me comprenderás. Aun no has visto las sábias páginas del docto libro de la experiencia....Las ilusiones pasan, el amor se evapora, y cuando falta dinero, uno se cansa hasta de la vida. Siempre te lo he estado predicando: *El dinero es el rey del mundo!*....Yo hubiera querido hacerte una mujer económica, que se ocupára de su porvenir; mas tu madre sembró en tí ciertos sentimientos....tu aya los ha robustecido, y hé aquí que te decides por Ernesto, cuando cualquiera otra mujer se decidiría sin vacilar por uno de los dos que te he indicado.

AMAL. ¿Y el amor, papá, y el amor?
LAB. ¡El amor!... Vamos, ¿qué es el amor?... Responde: ¿qué es el amor?

AMAL. El amor es un dulce y tierno sentimiento del alma que nos hace ver la suma felicidad en el ser á quien amamos. Todos nuestros gustos, todas nuestras aspiraciones, nuestros pensamientos todos tienen por norte aquel noble objeto, sin el cual nuestra vida sería... que sé yo... un páramo.

LAB. Bravo! Se conoce que estás enamorada. Sin embargo, apostaré lo que quieras, que á los tres meses de tu enlace, es decir, despues que despiertes de tu sueño, dorado sin oro, no me pintarás el amor con esos colores tan lindos.

AMAL. Papá, ¿qué fuera de mí si yo no le hubiera amada á Vd.?... Viviría llena de sinsabor, de tristeza... Al paso que siempre he sido dichosa porque amo á mi buen papá, quien me corresponde con su afectuoso cariño. Hago todo lo que me manda porque le amo á Vd. Si Vd. sale estoy con cuidado, pues me parece que le sucederá algún acontecimiento funesto. Cuando entra le recibo con vivas demostraciones de alegría, porque le amo. Si está triste le consuelo, porque las dulces palabras de la persona amada, insinuándose en el alma y derramando en ella vivificador rocío cicatrizan las heridas, porque el amor es un bálsamo....

LAB. (*Aparte.*) Siempre vencen y se salen con sus deseos. En fin, yo no violento tus sentimientos. Piénsalo bien... Tú eres la que te vas á casar... No quiero que digas, si te sale mal tu enlace, *mi padre me sacrificó*. Deseo bajar á la tumba sin remordimientos; y sobre todo sin el más atroz de ellos, cual sería el de haber causado tu desventura. [*Levántanse.*]

AMAL. Sí, sí, papá... lo pensaré.

LAB. Ernesto es buen sugeto... ¡Lástima que no tenga quinientos mil francos de renta!... La gloria es buena con pan.

AMAL. En todo caso él pondría la gloria y Vd. el pan.

LAB. Pero el pan no es tuyo, hija: es mío.
AMAL. [*Yéndose.*] Pues es lo que yo le digo, papá. Vd. me dará una rebanada, y con ella comerémos él y yo.

LAB. (*Deteniéndola.*) ¿Y mi abrazo?
AMAL. Ah! se me olvidaba. [*El padre la da un abrazo. Véase Amalia.*]

ESCENA XI.

LABORDE. (*solo.*)

Es tan buena que la compadezco; porque no siempre los buenos logran la mejor parte en el mundo. Posee un corazón desprendido, generoso, lo cual es un anacronismo en nuestro siglo materialista... Mi hija se decide por un pobre jóven periodista; pero este puede serme útil... Es popular, con sus discursos es capaz de derribar un gobierno ó sostenerlo. Hemos llegado á un grado de civilización en que la prensa es la palanca más poderosa. Puede sostener mi candidatura, y con su apoyo llegaré al término que deseo... Me haré progresista, renegaré de mis principio... ¡Qué me importa!... Desde que el Usurpador, de soldados hizo reyes, y fijándose en el mapa decía á algunos de sus mariscales: "dominarás este reino;" se ha formado entre los franceses una *aristocracia de nuevo cuño*, y esta será la directora de la Nacion... Es menester seguir su marcha; importa ser progresista por conveniencia y marchar con el siglo por cálculo... (*Detiénese pensativo y en seguida continúa:*) ¿Qué papel representé en el mundo mientras no tuve dinero?... El más ridículo. Un vizconde, hijo del antiguo régimen, con las preocupaciones inherentes á mi clase, con su educación superficial y su orgullo desmedido. Criado en la molicie, acostumbrado á vivir del ageno sudor, nada podía por mí mismo... Errante de córte en córte, de ciudad en ciudad, me aburrí, y separándome de mis padres, volví al cabo de algunos años á pisar el suelo de la patria... ¡Cómo cambian los tiempos y qué pasos gigantescos dan á veces las naciones! Todo era titánico é imponente en la moderna Atenas! En medio de tanta grandeza era yo un pigmeo: de ánimo apocado, porque no estaba habituado al trabajo ni había cultivado con asiduidad é interés los estudios, nada podía emprender, pues me abatía este

fatídico pensamiento: *¿adonde irá un hombre inepto que sirva de estorbo, que no se rían de él?....* De limitado talento, porque sólo con los grandes sufrimientos nacen y se desarrollan las grandes ideas, era á cada paso humillado por una juventud valiente, trabajadora y estudiosa que, radiante de júbilo, seguía con entusiasmo las triunfantes marchas del Capitán del siglo....*[Detiènese un instante y prosigue paseándose.]* Retraido, miserable, desesperado arrastraba una existencia odiosa, mientras llegaban á mis oídos y herían mi alma desolada, los himnos entonados al nuevo astro que, nuncio de bienandanza, se cernía espléndido y hermoso sobre el cielo de la Francia....*¿Cuánto sufrí en aquella época! Tuve que casarme con una aldeana de humilde clase y limitada educación porque era inmensamente rica....¿Entónces fuí otro hombre! Me sentí inspirado de una fuerza de voluntad extraordinaria, y con capacidad suficiente para llevar á cabo cualquier empresa; porque el dinero despierta la ambición, da valor....y....¿hasta parece que infunde talento!....El Emperador salió de la Isla de Elba. Ese genio de la guerra, que tiene el poder de electrizar á los franceses, ha entrado en Grenoble; la guarnición de esta ciudad se le ha unido, y, pronto será recibido en triunfo por el pueblo de París. Urge, pues, que mañana salga yo á su encuentro, que hable al general Beltrand, á Ney.. Sí, sí: ayudado de ellos, de mi yerno podré ser diputado....acaso ministro.*

ESCENA XII.

LABORDE. TERESA.

LAB. ¿Ya estais preparada para vuestro viaje?
 TER. Sí, señor.
 LAB. Ayer arreglé vuestra cuenta. Aquí teneis el dinero ganado durante los años que habeis sido aya de mi hija....Gracias.
 ¿Cuándo os marcháis?
 TER. ¿Tanto deseo teneis de que salga de esta casa?
 LAB. Desearía que siempre permaneciéseis en ella, pero como vuestra mision ha terminado....Amalia se casará

pronto....Aquí teneis reunidas vuestras anualidades. *[Vuelve á presentarle la cartera.]*
[Sin moverse de su sitio.] Guardadlas para vos.
 TER. ¡Cómo! ¡No os comprendo, Teresa!
 LAB. *[Con dignidad.]* Acaso no me comprendereis....tal vez sí.
 TER. Escuchad. Doce años hace bajó vuestra esposa á la tumba, mas bien por los sufrimientos morales que por las enfermedades físicas. Yo la amaba entrañablemente, y al saber la noticia de su muerte, abandoné la Alemania, atravesé el Rhin, llegué á París, hablé con uno de vuestros amigos, y por su medio conseguí acomodarme en vuestra casa para poder acompañar y dirigir á vuestra hija única. Con incansable paciencia y actividad la he dado lo que vos con todas vuestras riquezas no hubiérais podido darla: una educación basada en los sólidos principios de la religión y de la moral, sin los cuales se camina en la vida de abismo en abismo. Yo he formado el corazón de Amalia, he ilustrado esa alma de ángel; he regado y cuidado con esmero esa flor cuyo aroma embalsama y santifica este hogar, y ¡sólo me dais por recompensa un puñado de oro!
 LAB. *(Admirado.)* ¡No os comprendo!....Explicaos.
 TER. *[Sin oírle.]* Dios mío! *¿què furor metálico* reina en este siglo positivista; qué culto tan execrable se tributa al becerro de oro que hasta las cosas más santas se quieren pagar con dinero!
 LAB. Y qué?....
 TER. *[Interrumpiéndole,]* Escuchad....Obedeciendo á otros sentimientos sacrifiqué mí vida para hacerla felicidad de Amalia, porque sé lo que hubiera tenido que sufrir una niña huérfana, entregada á cualquiera aya mercenaria: pues las sanas ideas y los nobles sentimientos, jamás podrá inspirarlos un corazón que se esclaviza por la esperanza del lucro.
 LAB. *[Confuso y pensativo.]* Y qué!....Hablais de un modo tan misterioso....que....á la verdad....me dejais....
 TER. Oid. Mi sacrificio ha sido voluntario: no he hecho más que pagar una deuda sagrada....Guardad vuestro oro!
 LAB. *(Turbado. Aparte.)* ¡Qué deuda

habrá sido esa!

ESCENA XIII.

AMALIA. TERESA. LABORDE.

AMAL. *(Con dolor.)* ¿Con qué os vais y me dejais sola, me abandonais cuando más necesito de vuestra compañía, de vuestro consuelo y apoyo? ¡Vos que habeis sido mi segunda madre; vos, á quien amo con ese intenso amor que arraiga la simpatía y la gratitud!... ¿Tendreis valor de destrozar mi corazón con una separación tan dolorosa, vos, que me habeis dado pruebas del más acendrado cariño?

TER. Sí, querida Amalia, debo partir.

AMAL. *(En ademán de abrazarla.)* ¿Y me dejais sola?

TER. *(Deteniéndola dulcemente.)* No despedaceis mi pecho: dejadme con la calma que necesito para dirigiros mi voz por última vez.

AMAL. Me parece imposible que me abandoneis.

TER. No quedareis sola, pronto os casareis...¿y qué mejor compañía que un buen marido?

AMAL. Ya me conformaria que fuese igual á la vuestra.

TER. Tal vez:....eso depende de la elección que se haga.

AMAL. Quedaos y pondré por condición á mi futuro, ya que hablais así, el llevaros siempre conmigo.

TER. No, amiga mía: partiré. *(Aparte.)* Qué criatura angelical!

AMAL. *[Enjugándose las lágrimas.]* Papá, empeñaos en que se quede..

LAB. Si ella quiere.....puede permanecer aquí.....

TER. Gracias....El coche me aguarda.

AMAL. ¿Volvereis?

TER. Tal vez.

AMAL. ¿Me escribiréis?

TER. A menudo.

AMAL. ¿Me perdonais los malos ratos que os he hecho pasar?

TER. ¡Me hablais de perdón, cuando sois una discípula que se puede presentar como un modelo, de lo cual me vanaglorío!

AMAL. ¿Cómo os podré recompensar ese beneficio?....

TER. *[Interrumpiéndola.]* Callad, Amalia, callad.

AMAL. ¡Cómo os le podré pagar!

TER. Conservando pura en vuestro corazón

LAB.
TER.

AMAL.
LAB.
TER.

AMAL.

esa viva llama del amor que me teneis....*(Abrazándola con efusión.)* Estrechad á vuestra tía!....

(Aterrado.) ¡Señora Teresa!!!!

Teresa no:....mi verdadero nombre es Andrea.

(Confusa y admirada.) ¡Ah! mi tía!

¿Cómo no me lo habiais declarado?

¿Qué hubiera conseguido con ello?...Cuando os casásteis con mi hermana, estaba yo viajando. Al volver á mi país, ya viviais aquí. Algunos años despues hallábame yo en Inglaterra acompañando á mi abuela (que tambien bajó á la tumba) cuando aconteció la muerte de mi madre: fuísteis á Alemania, arreglásteis la testamentaria....y os volvísteis á París....¿Comprendeis ahora el amor que profeso á vuestra hija?.... *[Abrazando por última vez á Amalia.]* ¡Adiós! *[Vàse.]*

(Cubriéndose el rostro con las manos.) Ah!

(El padre de Amalia permanece abismado.)

Cae el telón.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

AMALIA, ERNESTO.

Aparecen simultáneamente al tiempo de levantarse el telón: la primera por la izquierda, el segundo por el foro.

ERNEST. Aun no se ha disipado la sombría tristeza que vela el semblante de Vd.

AMAL. Ah! no....El recuerdo de mi aya....Era para mí una segunda madre.

ERNEST. No me hable Vd. de madre, porque me hará llorar como un niño....Dejemos para otro día esos recuerdos tristes....Ocupémonos de nuestro porvenir. He suplicado á Teresa que se quede y me lo ha prometido.

AMAL. ¿Se lo ha prometido á Vd.?

ERNEST. Sí, sí. Aun no se ha ido: está en París.

AMAL. (*Sorprendida.*) ¡Está en París!....¡Cuánto me alegro! Mas aquel modo de despedirse....tan misterioso....revelándome que es mi tía.

ERNEST. Sólo ella posee la clave de ese secreto que no ha querido descubrirme. Luego lo conseguiremos.

AMAL. ¡Cuánto me alegraré! No puede Vd. figurarse lo que gozo al acariciar tan dulce esperanza.

ERNEST. Sí....sí....[*Con pasión.*] Pongamos ahora la base á la dicha que nos espera. Aprovechemos estos momentos deliciosos que llenan el alma de expansión, y prolongan nuestra vida, pues nos trasportan á un mundo de felicidad. Hoy por fin, después de cinco años de ausencia, vuelvo á respirar como en otro tiempo: soy feliz....¡Gracias Dios mío!....Sólo me falta que los labios de Vd. pronuncien el *sí* que ha de poner el sello á mi felicidad.

AMAL. No puedo ocultarle que Vd. me ha inspirado grande simpatía..

ERNEST. Es imposible poder atravesar solo el penoso camino de la vida, le debemos pasar acompañados. Pero es menester que tengamos mucho acierto en la elección pues de lo contrario se hace más árido y espinoso. Guiado por estas razones, y seguro de que ambos pasaremos felices el camino de la vida, deseo el asentimiento de Vd. y

el de su señor padre, para sellar nuestro cariño con la bendición del cielo.

AMAL. Hay en París otras mujeres superiores á mí en mérito y en belleza.

ERNEST. No llenan, Amalia mía, el inmenso vacío que hay en mi corazón. Hay personas que no pueden amar sino una sola vez: yo soy una de ellas. Léjos de su lado de Vd. no hallo más que sinsabor y amargura; me siento devorado por una fatal melancolía y cubre mi frente una tristeza que me abrumba. Por el contrario su sola presencia me regocija y comunica á mi alma una dicha que me es imposible definir. Amalia, premie Vd mis desvelos....[*Arrodillándose.*] Vd. sabe que mi amor data desde hace muchos años: ¿porqué no corona Vd. con un dulce sí tanta constancia?

AMAL. Levántase Vd. Ernesto....Yo meditaré la resolución que deba tomar.

ERNEST. Nada de meditación, Amalia mía: cada minuto que pasa sin que yo esté convencido de que Vd. será mi esposa, es para mí un siglo de tormento....¿para qué prolongar por más tiempo mi agonía?

AMAL. Pero levántese Vd.!....

ERNEST. No lo haré hasta que Vd. no pronuncie la palabra que ha de poner fin á mis dudas.

AMAL. Ernesto....pues bien....seré su esposa.

ERNEST. (*Levantándose.*) Ah! cuánta dicha me guardaba el cielo!.... ¡qué felicidad! ¡Cuánto debo á Vd. Amalia!

ESCENA II.

Dichos, LEOPOLDO.

(*Saludando.*) Señores....

AMAL. Buenas noches, doctor.

ERNEST. ¿Qué hay, Leopoldo?

LEOPOL. Vengo á buscarte, amigo mío. Acaba de representarse el segundo acto de tu drama en medio de nutridos aplausos. El público, entusiasmado, pide con vivas instancias que salga el autor.

ERNEST. Pero, Leopoldo....

LEOPOL. No hay que replicar, Ernesto: vamos.

ERNEST. (*A Amalia.*) ¿Qué le parece á Vd., Señorita Amalia?

AMAL. ¿Será el drama que me decía Vd. iba á darse á la escena?

ERNEST. Exactamente, Señorita.

AMAL. Entonces nada más justo que ir á

ERNEST. recoger el premio de sus tareas.
La opinión de Vd., Señorita, me anima más que todo el brillo que puedan tener los elogios que se me tributen.

LEOPOL. Démonos prisa antes que llegue á tu casa la comisión encargada de conducirte á la escena.

ESCENA III.

AMALIA (*Sola, levantándose.*)

¡Porqué serán tan fugaces las horas de felicidad!...Ernesto irá al teatro. Centenares de mujeres agitarán sus pañuelos victoreando la grandiosidad del génio que ha compuesto un drama de tan brillante éxito. Le arrojarán coronas, le dirigirán miradas ardientes....Tengo celos de esa parte del público....Pero él me ama: ¿porqué dudar de su amor?....¡Cuán egoistas somos las mujeres! Todo nos preocupa, y quisiéramos que las personas de nuestro cariño sólo pensarán en nosotras.

ESCENA IV.

ANA. AMALIA.

AMAL. [*Al verla.*] Anita!....Tan dulce que me es tu compañía! Tú sabes que desde niñas nos queremos como si fuesemos hermanas: ¿porqué no vienes acá mas á menudo?

ANA. Porque no tengo lugar....Tú como eres rica y feliz.....

AMAL. Amiga mía, ¿quién te ha dicho que las ricas son felices?

ANA. ¡No han de serlo, rodeadas como están de comodidades, de adoradores.....

AMAL. ¡De adoradores!....De especuladores habrás querido decir.
Al menos cuando una no es rica, sabe que el hombre que la pretende es por su mérito, ó por que verdaderamente la ama.

ANA. [*Vánse.*] El Marqués!

AMAL. Me repugna. No quiero verte.

ESCENA V.

El MARQUÉS, *solo.*

Siempre el humano agitado en esa

lucha terrible de la vida! Juguete de las pasiones, lleva lacerada su alma. Cada placer le ocasiona mil dolores; cada ilusion, le hace derramar un rio de lágrimas, cada desengaño va carbonizando su corazón.... Las decepciones y contrariedades que he sufrido en estos días, han abatido mi ánimo varonil que en todo tiempo fué fuerte y salió triunfante de todas sus empresas.....Mi brazo es poderoso, mis combinaciones no pueden faltar....no sé porqué temo por la primera vez de mi vida!....Valor, corazón, ¿porqué conmovido lates?....¡Serenidad!....Me será sumamente doloroso quedar vencido por mi rival. Más que el interés y la conveniencia, me hará redoblar mis esfuerzos el amor propio. Este casamiento una vez deshecho, labrará mi ruina...¡Aquel jóven intenta derribar el castillo de mis esperanzas!....¡Animo!....¡Pobre muchacho! ha venido á provocar la cólera del león....¡temblará cuando oiga sus rugidos!....El estará contando con la victoria, y se halla tan lejos de su novia, como París de Pekín.

ESCENA VI.

Dichos, LABORDE.

MARQ. (*Al verle.*) Estoy de vuelta amigo mío.

LAB. [*Presentándole una silla.*] Sentaos.

MARQ. [*Tomando asiento.*] Ya sabeis el objeto de mi visita.

LAB. [*Sentándose.*] Sí....He consultado á mi hija....El resultado de la consulta no es el más satisfactorio.

MARQ. ¡Qué decís!

LAB. Parece que cierta simpatía que le ha inspirado un jovencillo, la hace estar dudosa sobre la elección.

MARQ. Sí....sí....no prosigas: ella querrá llevar á debido efecto su enlace con Ernesto Lefèvre....¿Y vos, que decís á todo esto?

LAB. Como padre que no quiere violentar la voluntad....

MARQ. Vaya! Vaya! Laborde, me dejais estupefacto. De modo que preferís á ese plebeyo, á vuestro antiguo amigo y camarada! ¡quién lo creyera!

LAB. Yo no soy el que elijo, Sr. Marqués, es mi hija.

MARQ. ¡Cada vez me dejais más asombrado! Es decir que vuestra hija os domina, en vez de vos dominarla á ella. Si se dejára á la mujer hacer lo que quiere ¡cómo seguiría el mundo!

LAB. Sí; pero en este caso la voluntad....

MARQ. ¡Hola!...Estais retrogradando: pensais como un aldeano! La mujer debe casarse con el hombre que su padre crea conveniente.

LAB. No soy de vuestro parecer....Procurad vos persuadirla....

MARQ. [*Levantándose.*] No, no: si se ha encaprichado Amalia....conozco demasiado á las mujeres. Soy práctico en la materia....(*Prosigue con ironia.*) Pero que me extraña que vos, que ayer os desagradó tanto la imprudente conducta de aquel jóven, esteis hoy resuelto á entregarle vuestra hija: ¡pardiez!, no comprendo esa metamórfosis! ¡cualquiera diría que me suplantais por vengar antiguos agravios!

LAB. Si aludís á nuestras disensiones pasadas, las he olvidado completamente....Os aseguro que si mi hija quisiera aceptar vuestra mano, á nadie mejor que á vos se la daría con tanto gusto.

ESCENA VII.

Dichos, ERNESTO.

MARQ. (*Aparte al ver á Ernesto.*) ¡Que tenga yo que sufrir este hombre hasta mañana! [*A Ernesto.*] ¿Persistís en interceptarme el paso, Sr. Lefèvre?

ERNEST. Continuad vuestro camino: si salís vencedor os abandono el campo.

MARQ. ¿Con qué armas pensais vencer?

ERNEST. Con las que hacen al hombre superior al hombre, con la inteligencia y la palabra.

MARQ. Sois el primero que he hallado hostilizándome con tanta tenacidad....¡No me conocéis!

ERNEST. Os conozco demasiado, Sr. Marqués: vos sois el que ignorais completamente quién soy yo.

MARQ. Os engañais: sé vuestra biografía de memoria.

ERNEST. Tendría curiosidad de oirla.

MARQ. Sois de Marsella....hijo de un obrero que murió hace algunos años dejándoos pequeñuelo....Despues de vagar de plaza en plaza y de calle en

calle fuisteis recogido por un viejo paralítico.....

ERNEST. Permitid que os interrumpa, Sr. Marqués. Omitís circunstancias esenciales en vuestro relato.

MARQ. (*Aparte.*) ¡Este hombre no se humilla!

ERNEST. Hace algunos años atravesaba las calles de Marsella una mujer ciega, que ganaba su vida tocando el arpa y cantando aires nacionales y extranjeros.

MARQ. (*Aparte.*) ¡La cabia me ahoga!

ERNEST. La acompañaba un lazarillo, muchacho de siete años, llamado Ernesto Lefèvre, hijo de la pobre ciega.

MARQ. (*Aparte.*) Pardiez, esto es insoportable! [*A Ernesto.*] ¿Y ese es el que, andando el tiempo, ha llegado á ser rival del marqués de Rochefort?

ERNEST. El mismo. Hubo un tiempo en que vuestras ideas tendrían mucha fuerza; hoy están en desuso....En verdad que no sois culpable, pues el hombre es hijo de su época....Nacisteis en otros tiempos y pensais como se pensaba en ellos. La escena ha cambiado, Sr. marqués: los hombres del día no se parapetan detrás de pergaminos apolillados: no se apoyan en el favor, en el nacimiento, sino que tienen que ser grandes por sí mismos. Les sirven de base el trabajo, el mérito, el talento...El trabajo, que da impulso al comercio, que fomenta la industria, que produce la sabiduría, es el gran motor de los pueblos modernos. Pero....¿cómo he de empeñarme en haceros conocer lo que digo, á vos, que desdeñais el trabajo y no comprendéis su nobleza, á vos que no podeis calificar el valor del talento porque no le teneis?

MARQ. [*Balbuzeante.*] ¿Me....pro....vo....cais?

ERNEST. Habeis querido humillarme diciéndome que soy hijo de un obrero y me habeis enaltecido. Un hombre, como yo, hijo del pueblo, que de la nada se levanta, poniéndose al frente de una sociedad para ilustrarla y guiarla por la senda del progreso; un hijo del pueblo, que de la nada se hace un hombre á cuyo lado se agrupan las entidades políticas y literarias, comparadle con vos que no poseeis más que vuestros pergaminos....

MARQ. ¡Ernesto!....

ERNEST. Citais á vuestros antepasados y no habeis procurado sostener su grandeza, sino que habeis vivido en la disipación, os habeis arruinado, y, cual el grajo soberbio de la fábula, vestís las galas ajenas cacareando el poder y la prosapia de vuestros abuelos.

MARQ. [*Trémulo de cólera.*] Basta...miserable!...Mañana nos veremos. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

Dichos, mènos EL MARQUÉS.

LAB. Siempre ha sido así el marqués: orgulloso, irascible y vengativo.

ERNEST. Pero parece imposible que en nuestros tiempos, y en el pueblo de París, en donde tanto oculto se rinde al talento, y donde la consagración de los derechos del hombre han desarraigado antiguos y exclusivos privilegios y borrado las preocupaciones, haya un hombre que piense como el marqués! No en vano está tan desprestigiado en la consideracion pública! Locura fuera querer detener la marcha triunfante de la civilización.....

Yo, que no cambio, por la corona de rey, mis laureles de poeta!

LAB. El marqués es uno de esos hombres chapados á la antigua, á quienes el siglo lleva á remolque.

ERNEST. Todavía no quieren comprender que "la inteligencia es la reina del mundo," y que todas las aristocracias tendrán que eclipsarse ante la aristocracia del talento.

LAB. El marqués y los que como él piensan jamás lo comprenderán, pues á los que han nacido y vivido en las tinieblas les hace daño la luz.

ERNEST. Triste cosa es tener que repeler la osadía con la osadía, la injuria con la injuria. Porque los malos traducen la modestia por timidez; y sólo por medio de la fuerza se les opone un dique á sus tropelías, porque ellos desconocen la razón, para ellos no existe la justicia!...[*Dando respetuosamente la mano à Laborde.*] Disimulad lo que ha tenido lugar en vuestra casa.

LAB. No habeis hecho más que sostener vuestra dignidad. (*Aparte.*) Este es el yerno que me conviene.

ESCENA IX.

LABORDE. AMALIA.

LAB. Amalia, hija, ¿sabes que simpatizo con tu novio?

AMAL. ¡Cuánto me alegro, papá; pues yo no sólo deseo un esposo que me ame y me considere, sino que le quiera y le respete á Vd.!

LAB. Pues hija, es un jóven de un mérito inapreciable. Por todas partes me dan brillantes informes de su buena conducta y acreditada de su ingenio!...En otros tiempos, el sabio se humillaba ante los príncipes demandando un pedazo de pan: Homero, ciego, mendigaba su sustento de pueblo en pueblo; Milton, ciego también, sufrió los horrores de la miseria; Cervantes pereció de hambre en una guardilla...Más hoy, con el progreso de las luces y el creciente desarrollo de la inteligencia, que se propaga por todas clases de la sociedad, el talento tiene una mina en su pluma. La excesiva generosidad de Ernesto se templará cuando te tenga á su cargo (que una mujer hace ser muy reflexivo) y siendo económico, podrá unir en agradable consorcio, la riqueza y la sabiduría, cual otro Séneca. [*Váse.*]

ESCENA X.

AMALIA, *sola.*

¡Cuán, feliz soy! Ernesto es el único hombre capaz de amarme como yo le amo! Le quiero más que á mi vida...Necesitaba un hombre de ese temple que comprendiera mi alma, que llenára mi corazón; un ser que realizára ese mundo de amor, de gloria y de dicha con que soñó mi ardiente fantasía...¡Le he hallado! Me pagará mi amor con su amor inmenso. Mi amor le animará para que siga marchando con nuevos bríos por el camino de la gloria: ceñirán sus sienes los lauros del poeta, y esos lauros inmarcesibles reflejarán su esplendente luz sobre la digna esposa que sonreirá de júbilo...Mi amor le inspirará torrentes de armonía, y hará que ese genio inmortal extienda sus alas con majestuoso vuelo: la Pátria, orgullosa, contemplará con asombro

el nuevo astro que aumentará su grandeza y su influencia universal....¡Me ofrecen oro y pergaminos! ¿Qué valdrá todo eso ante el supremo poder del genio, de esa antorcha que nunca se apaga y que luminosa atraviesa las generaciones? ¿Qué cosa puede haber más grande sobre la tierra? Las riquezas se pierden con los vaivenes de la fortuna, los reyes descienden de su regio trono, los monumentos caen pulverizados por la mano implacable del tiempo. La famosa Babilonia no existe, Palmira yace entre ruinas; pero se conservan los poemas de Homero y las obras de Cicerón. Sólo la virtud y el genio, eternamente viven!

ACTO TERCERO

ESCENA I.

AMALIA. [*Sola, mirando por la ventana que da á la calle.*]

¡Qué bello día! ¡Qué hermosa perspectiva! ¡Grandioso panorama presenta ante la vista el pueblo de París alegre, entusiasta, bullicioso! Aquí, como en Burdeos, todo halaga, todo fascina, todo es risueño y encantador! La majestuosa París, ceñidas las sienes con aureola de viva luz, descuella imponente y sublime, brindando, con pródiga mano, los ricos tesoros de su civilización, á los pueblos del universo. Desde los mas remotos lugares de la tierra concurren los hombres á cultivar su talento, á robustecerlo bebiendo en los manantiales inagotables de sus ciencias, artes, industria y descubrimientos....(*Separándose de la ventana.*) No en vano he oido decir á muchos extranjeros: "De París al cielo:" quien ha visto á París ha visto el mundo.." ¡Dichosa patria mía! Ayer ceñiste de laureles la frente de uno de tus hijos....Prémiale que es modesto, generoso y bueno...Prémiale que su talento le elevará, y la grandeza de los hombres engrandecen las naciones.

ESCENA II.

ERNESTO. AMALIA.

ERNEST. [*Inclinándose cortesmente.*] Desde que nos despedimos anoche, no había tenido el gusto de veros, á pesar de que volví.

AMAL. He recibido esta mañana las finas demostraciones de su cariño....¿Cómo se le recibió en el teatro?

ERNEST. [*Sentándose.*] Magníficamente: se organizó una comisión de aplausos compuesta de príncipes, de duquesas, generales y embajadores. Recibí plácemes, enhorabuenas;....pero yo echaba de menos al ángel de mis amores, y decía para mí: si Amalia estuviera aquí sería completo mi triunfo....Fija mi mente en la bella criatura que llena mi alma de inspiraciones sublimes, dejé las aristocráticas ovaciones, para

contemplar de vuestros labios una tierna sonrisa, y embriagarme en esas dulces y celestiales miradas....La gloria, el dinero, la fama....todo es pálido ante la encantadora imagen de la mujer amada. Desde que salí de casa ardía la inspiración en mi mente: yo, semejante al ruiseñor que alegre, libre, enamorado, esparce por los aires sus misteriosos trinos, necesito consagrarlos los acordes de mi lira, y hablaros en un lenguaje digno de vuestro mérito.

Eres el ideal que acariciaba mi mente ansiosa, delirante, inquieta: eres la vírgen pura que buscaba en mis ardientes sueños de poeta.

Si de sincero amor, lazo sublime une dos corazones generosos, en ellos una paz dichosa imprime que perfumes esparce deliciosos.

Felices viven los amantes fieles cuando hácia noble senda se encaminan, que brotan ¡oh ángel! por doquier verjeles do amor, talento y la virtud germinan.

Llena mi alma de gratas emociones al eco de tu voz dulce, animada, y haz que me inspire bellas creaciones el mágico poder de tu mirada.

AMAL. Me gusta mucho la poesía. Las personas que tienen ese raudal de inspiración poseen un alma generosa y noble. ¿Cuándo se vuelve á representar su drama?

ERNEST. Esta noche se repite. ¿Irá Vd.?

AMAL. Creo que sí: le diré á papá que me lleve.

ERNEST. ¡Cuánto me alegraré!

AMAL. Hoy han venido aquí varias personas de muy sano criterio, y con entusiasmo elogiaban su producción de Vd. A sus admiradores les sorprende que pueda Vd. escribir para el teatro, y con tanto acierto, abrumado como está de ocupaciones.

ERNEST. Aun los mismos amigos míos no pueden comprender que, redactando los artículos de "EL INVESTIGADOR," pueda concurrir á las reuniones, componer dramas y escribir novelas. Pero la escuela del sufrimiento en que me he formado, esa

escuela que aguza el ingenio, abre al entendimiento un espacio inconmensurable y antepone la reflexión á la edad!... -¿Sabe Vd. que mi drama me ha producido veinte y cinco mil francos?

Me alegro.

AMAL.
ERNEST.

¿Y que esta mañana he vendido una novela en cuarenta mil?

Tanto más me regocijo!

AMAL.
ERNEST.

¡Lo que es el mundo!....Hace algunos meses, al llegar yo á París, andaba con un cuaderno de versos, de librería en librería; pero nadie se dignaba hojearle....Tuve que destemplan mi lira y arrojarla en un rincon de mi cuarto....Solamente Leopoldo me animaba repitiéndome: *la luz se hará*....Con efecto: hoy, los librereros se disputan mis producciones, y me las pagan á peso de oro....Ahora le voy teniendo apego al dinero. Cuido que no se me escape con la velocidad que antes....Quiero que cuando nos casemos no le sea tan sensible la transición á la hija del millonario, convertida en esposa del poeta.. - Tendrá Vd. la amabilidad de tocarme aquellas variaciones que ejecutó en Marsella....

AMAL.

¿Cuáles? ¿Las que me dedicó un pianista alemán?

ERNEST.

Sí, sí: esas mismas.

AMAL.

[*Levántase y busca entre sus papeles.*]
Voy á complacerle.

ERNEST.

Sí, la música, la música....Esas armonías que se desprenden de un instrumento ejecutado con habilidad, elevan mi alma, la llevan por mundos desconocidos, la comunican un placer indefinible. Hay una estrecha relación entre la poesía, la música y el amor: son partes de un mismo todo que se buscan, se unen, se identifican....¿no es verdad, Amalia?

AMAL.

(*Sentándose al piano.*) Sí....

ESCENA III.

ALEJANDRO. ERNESTO. AMALIA.

CRIAD.

[*Desde la puerta.*] Solicitan al Sr. Ernesto Lefèvre.

ERNEST.

Que se sirva pasar adelante.

CRIAD.

Me ha dicho que no puede entrar solo. Debe ser Alejandro!....(*Sale urgentemente.*)

ERNEST.

AMAL.

(*Levántandose con inquietud.*) Temo que se presenten nuevos conflictos:

me alarmo sin saber porqué y presiento nuevas contrariedades....¿Porqué serán tan fugaces las horas de felicidad?...Porqué por una gota de placer, hemos de apurar, hasta las heces, una copa de amargura!....

ESCENA IV.

Dichos, ALEJANDRO. [*Desde la puerta mirando hacia atrás.*]

Leal! Leal!....Se ha ido mi pobre perro. ¡Cuánto lo siento! Y él lo sentirá también, porque es tan inteligente....Y en este pícaro mundo los que más comprenden suelen sufrir más.... (*Apóyase en el brazo de Ernesto y entra.*) Muchas veces me he puesto á pensar que siendo yo más estúpido sería mucho más feliz....(*A Ernesto.*) ¿Mis razonamientos te parecerán algo extravagantes?....

ERNEST. No tal; pero si me permitiérais su impugnación....

ALEJ. Suele establecerse como principio incontestable que de la discusión nace la luz. No soy de los hombres que me aferro á mis opiniones: las modifico cuando carecen de fundamento.....Además, siempre te he enseñado á combatir el error, sea quien fuere el que lo patrocine. [*Saluda à Amalia.*]

AMAL. [*A Ernesto. Aparte.*] Papá está en su despacho: voy á avisarle. (*Váse.*)

ERNEST. (*Hace una señal de afirmación. A Alejandro, ayudándole á sentar.*) Si me autorizais, os diré que vuestros primeros razonamientos están poco conformes con la razón.

ALEJ. Será lo que dices, amigo mío; pero he visto y veo tantos hombres faltos de razón, y tan grande el número de los necios....que he venido á París....á ver aquí en la capital del mundo civilizado, á gozar un poco rozándome con los hombres de razón: porque en Marsella he vivido muriendo....Todo lo veo allí sombrío....tal vez será porque allí he sufrido mucho.... - Ernesto, tú que tienes tanto talento, que has leído mucho, y vives aquí con reputación de sabio, dime: ¿porqué los buenos son tan desgraciados?

ERNEST. Por toda respuesta os diré este verso de un poeta español: "Ciego, ¿es la

ALEJ.

ERNEST.

ALEJ.

ERNEST.

ALEJ.

ERNEST.

ALEJ.

ERNEST.

ALEJ.

ERNEST.

ALEJ.

tierra el centro de las almas?"

Pero es muy desconsolador, caro Ernesto, el ver que los buenos padecen, mientras que los malos triunfan.

¡Triunfan! Me parece que os equivocais: sólo la virtud, la inteligencia triunfan!....El triunfo de los malos es momentáneo....¿qué digo?...Si pudieramos penetrar en las interioridades, veríamos su conciencia roida por el cáncer de los remordimientos, y dicha y remordimientos son dos cosas que jamás podrán unirse. Lo que nos sucede es que nos deslumbran las apariencias. Vemos al malo con la sonrisa en los labios y la altivez en la frente, y decimos: es feliz....¿Cuánto nos engañamos! En esta vida, si no nos guian la prudencia y la razón, caminamos por una pendiente que conduce á un precipicio. La dicha sólo puede habitar en una conciencia limpia.

Bienaventurados los que aman y los que creen...Yo también fui formado para disfrutar de esa sublime dicha; pero los desengaños me han clavado tantos dardos en el corazón, que quiero amar y no puedo; quiero esperar y me lleno de desesperación. [*Quédase pensativo. Volviendo en sí.*] Estoy fatigado, amigo mío, á causa de mi precipitado viaje.

No os aguardaba; á fé mía! Desde el día que llegué os rogué vinierais á vivir á mi lado: me repetísteis que no, privándome de vuestra compañía que siempre me ha sido tan grata....¿Qué causas han motivado una resolución tan favorable que celebro con toda mi alma?

Ya las sabrás....

¿Dónde se halla Dolores?

Mi hermana ha quedado en la fonda de la esquina. Me advertió cuando pasaste; ya ibas lejos, y no pudiendo llamarte, nos pusimos á observar la dirección que tomabas: te he visto entrar aquí, y aquí me he metido. ¿He visto una Señorita que al entrar yo se ha retirado!

Sí, padre, la conoceréis.

Esa niña ¿vive aquí?

Sí, papá, ya lo sabreis todo....Acaso suponeis....

Perdona, hijo mio: la suspicacia va unida á la vejez. Conozco tus

sentimientos y tus costumbres para rechazar toda idea que lastime ó empañe en lo más mínimo tu buena reputacion: sé que el importantísimo papel que desempeñas en la sociedad te impiden vivir en un estado contrario á sus santas leyes... [*Con cariño.*] Pero dime, caro Ernesto: ¿es verdad que amas á aquella Srta.?

ERNEST. Oh! la adoro!...Ya lo sabreis todo....Mas, no me habeis dicho la causa de vuestro viaje.

ALEJ. Una muy santa que en breve sabrás. Quiero ocuparme antes de tí.-El eco de la fama ha llegado á herir dulcemente mis oidos....¡Cuánto he gozado, Ernesto!

ERNEST. [*Con placer.*] Veo una dulce sonrisa en el hombre á quien debo lo que valgo.

ALEJ. Tus artículos de "EL INVESTIGADOR" son inmejorables; respiran amor á la humanidad, están llenos de ideas nuevas y sublimes: tus dramas pueden parangonarse con los de Shakespeare y Racine....¡Qué bello es sembrar en buen terreno y recoger ciento por uno!

ERNEST. Ah! sí: es bello, delicioso, encantador.

ALEJ. Me he ocupado de tí; voy ahora á ocuparme de mí.

ERNEST. Hablad.

ALEJ. Es una *vieja historia* que muchas veces te he contado; pero por lo mismo que es vieja y está enlazada con los recuerdos de familia, no pasa dia sin que vague por mi imaginacion, á veces con tal pertinacia que sin piedad me tortura.

ERNEST. Siempre me habeis hablado de ese asunto de un modo tan misterioso.

ALEJ. Ha llegado el día en que salgan á la luz pública los misteriosos personajes que figuran en mi *vieja historia*. Cartorce años hace (*tú tenias diez en aquella época: poco después entraste en nuestra familia*) catorce años hace, repito, vivió en Marsella un hombre rico, de esos hombres que juegan con el honor de las mujeres, y son tan estúpidos que no comprenden el mal que ocasionan....(*Como hablando consigo mismo.*) Dios mío, ¿es posible que el hombre no respete nada en el mundo; que se juegue con la paz de las familias; que cualquiera profane impunemente el santuario del hogar sin que vea caer sobre su cabeza la

espada de la justicia?... [*Volviendo en sí*] Aquel monstruo que de todo se burlaba, se burló del autor de mis días. El malvado que manchaba cuanto tocaba, manchó la honra de una hermana mía. El infame ni aun respetó las canas de mi padre, anciano venerable, que tres meses despues bajó á la tumba lleno de pesadumbre y de lágrimas....Yo, que ahora soy padre, que tengo hijas, que me afano por su educación y las cuido con indefinible esmero....yo, que ahora soy padre, puedo comprender las angustias con que el mío bajó al sepulcro.

ERNEST. ¿Ese mortal que ofendió tan gravemente á vuestro padre existe?

ALEJ. Existe....y no se lo ha tragado la tierra!...Déjame concluir. Fuí á verme con aquel hombre que se habia atrevido á ofender á mi padre, y le ví temblar bajo el peso de su crimen. Pidióme mil perdones....Díjome que su posicion no le permitía casarse....Hablóme de dote....[*Con sarcasmo.*] ¿Dote!...Aquél miserable creía que las manchas del honor se pueden lavar con dinero!....Los ricos ignorantes, porque muchos les adulan para poder explotar su vanidad, creen que todo el mundo y todas las cosas deben doblegarse al imperio poderoso del oro! ¡Cómo se engañan! Cuántos he visto que poseyendo grandes tesoros, han tenido que bajar sus altivas cabezas ante el brillo que despide una frente serena!...Impulsado por la cólera á que conduce en tales casos el amor propio herido, tentado me ví á traspasarle el pecho....Mas reflexionando que tenía yo que servir de báculo á un anciano infeliz y una hermana desvalida, pude contener los arrebatos que me dominaban.. Seis meses después fuí atacado de esta maldita parálisis, y no había podido hasta hoy reunir materiales de guerra para atacar al coloso....Ha caido entre mis manos....[*Mostrando un legajo de papeles que saca del frac.*] Estos documentos que me ha presentado la casualidad le harán caer con estrepitoso ruido...Voy á hacer que le carguen de cadenas.

ERNEST. Yo os ayudaré á perseguirle.

ALEJ. Entre los documentos existe uno firmado por una Señora, tres días

después de muerta esta: el bribón
logró por este medio despojar á una
cuñada suya...

ERNEST. Irémos á casa inmediatamente: los
criminales deben ser castigados.

ALEJ. ¡No es tuya esta habitación!...¿luego
en qué parte me hallo?

ERNEST. En la casa del Sr. Laborde.

ALEJ. [Con toda la fuerza de sus
pulmones.] ¡Desgraciado!....
(Levántase súbitamente arrojando
con furor la silla.) ¡Salgamos de esta
casa maldecida!

ESCENA V.

Dichos, AMALIA. LABORDE.

[Entran precipitadamente Amalia y su padre.
Este al ver á
Alejandro retrocede lleno de confusión y espanto.]

AMAL. (Sorprendida.) Ah!....¿qué ocurre?

ALEJ. (A Ernesto.) ¿Qué merece un hombre,
que astuto como una serpiente se
desliza en el seno de una familia
honrada, sembrando en ella la
discordia, la desesperación, y dejando
los corazones con hondas heridas que
brotan sangre? ¿Qué merece un
infame seductor que destruye la
tranquilidad de una familia pacífica,
cuyo más precioso tesoro es la honra?

ERNEST. ¿Quién es ese hombre, padre mío;
quién es ese hombre?

ALEJ. [Señalando á Laborde.] ¿No le
ves?...La conciencia le remuerde y ni
aun puede levantar la cabeza.

ERNEST. (Aparte.) ¡Dios mío! ¿Es posible?

ALEJ. (En solemne ademán.) Estos
documentos le harán arrastrar
cadenas!...

LAB. (Acercase á examinarlos, y retrocede
cayendo sobre una silla como herido
de un rayo.) ¡Son ellos!....Estoy
perdido!....

AMAL. ¡Qué misterio es este!

ALEJ. El que hace mal, tarde ó temprano
sufrirá el castigo que merece....¡Es
extraña la emoción que se siente
cuando vemos al vicio temblando
bajo la espada de la ley!

AMAL. (Aparte á su padre.) Papá, ¿habeis
ofendido alguna vez á ese hombre?

LAB. Sí....,me pierde....

AMAL. [A Alejandro.] Os suplico que os
reconcilies con mi padre.

ALEJ. No....jamás.....jamás!....

ERNEST.

AMAL.

ALEJ.

AMAL.

ALEJ.

AMAL.

ERNEST.

ALEJ.

AMAL.

ALEJ.

ERNEST.

AMAL.

ERNEST.

Amalia, en ciertos casos se vé uno
obligado á ser intransigente.

¡Tan intolerante se muestra el gran
moralista, que ayer citaba en su favor
los preceptos del sagrado código!
¡Así se expresa con su amante el poeta
falaz, que hace poco me hizo soñar
con un mundo de delicias,
haciéndome creer que aun había algo
de grande y generoso entre los
hombres!

El deber manda pedir reparación de las
ofensas.

Y la moral y la religión no mandan
olvidarlas! ¡No es la caridad la
luminosa antorcha, sin la cual se
camina por en medio de densas
tinieblas y de extravío en
extravío?... Vosotros, los hombres
del día, que os vanaglorias de llevar la
antorcha de la civilización: vosotros,
liberales, progresistas....demócratas,
como os titulais, ¿porqué, ante todo,
no sois verdaderos cristianos?

Ante todo es el honor.

Por encima de las pasiones de los
hombres está la justicia de
Dios!....(Con indignación.) He aquí
los hombres del día, los que
simbolizan el progreso humano:
sublimes en sus discursos, se arrastran
por el polvo cuando se ven precisados
á plantear sus teorías en el terreno de
la práctica!

(A Alejandro.) Amalia tiene razón,
padre mío.....

[Interrumpiéndole.] Salgamos de esta
casa, Ernesto.

(En tono suplicante.) ¡Ernesto!....

[Con imperio.] Salgamos de
aquí....¿qué te detiene en esta casa?

[Aparte.] ¡Dios mío! qué terrible
conflicto!

(A Ernesto.) ¿Me abandona Vd.?

Volveré!....(Sale acompañando á su
padre en la mayor desesperación.)

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Dos DEPENDIENTES.

DEP. 1º Esta tarde hemos concluido más temprano que ayer.

DEP. 2º Vamos á los campos Elíseos. A la noche iremos al Teatro Francés.

DEP. 1º Convenido. Tendremos el gusto de ver la nueva obra dramática del joven literato Ernesto Lefèvre.

DEP. 2º Dicen que su representación ha obtenido un éxito prodigioso.

DEP. 1º ¿Ese es el presunto novio de la Señorita Amalia?

DEP. 2º Sí; mas tiene un rival y la victoria está indecisa.

DEP. 1º ¿Cuál te parece que triunfará?

DEP. 2º Atendido al carácter de la mujer poética, romanesca, soñadora, creo que el Sr. Lefèvre.

DEP. 1º Lo siento, pues, si se casa, tendrá que dedicarse entonces á la mujer y á los hijos que dan tantos dolores de cabeza, y la Francia perderá su poeta.

DEP. 2º Discurres mal, á fé mía.

DEP. 1º Creo que no. Los hombres como Ernesto pertenecen á la humanidad: no debe dejarse que se esclavicen con el yugo matrimonial. La antorcha del genio se apaga en el regazo de Himeneo....

DEP. 2º Se comprende que no conoces el corazón humano: si no hubiera mujeres, no habría poetas. Esa obra maestra de la creación, (*la mujer*) es la que alimenta el fuego de la inspiración que arde en el alma de los hijos de Apolo. Hallando una mujer como Amalia, es una felicidad el matrimonio, amigo mío. Deben ser dulces y deliciosas esas horas de amor conyugal que se deslizan en el regazo de una criatura dócil, amable, modesta, inteligente, de acrisolada virtud. Uno de esos seres privilegiados, que desvían y destierran del hogar doméstico todo motivo de queja ó de disensión; que hasta adivinan el pensamiento de su esposo; porque la mujer está dotada de una perspicacia y delicadeza de sentimientos superiores á las del hombre: la que tiene bien formado el corazón é ilustrada el alma, esa es la verdadera consorte. La que de tales dotes carece, es una *pesadilla*, que

hace vivir al marido inquieto, disgustado, acibarándole la existencia.

ESCENA II.

LABORDE. AMALIA.

[*Laborde entra por el foro, Amalia sale del interior.*]

AMAL. Padre mío, salió Vd. desesperado, y no me ha dicho el mal que le amenaza.

LAB. Estoy perdido, hija mía! Sólo tú puedes salvarme. En la lucha fatal que va á empeñarse entre ese abogado paralítico y yo, necesito un hombre fuerte que me defienda....Errores funestos de mi juventud que no me atrevo á referirte, me van á cubrir de deshonor y vergüenza ante la faz del mundo!....Necesito un hombre que me defienda, de lo contrario estoy perdido....Debes casarte con el marqués: tengo que oponer la fuerza á la fuerza, y el prestigio al prestigio. ¡Necesito un hombre fuerte que me defienda!

AMAL. ¿Y Ernesto?...

LAB. Ernesto es hijo adoptivo de mi terrible enemigo y se pondrá del lado de su padre.

AMAL. Y un arreglo....

LAB. Toda reconciliación se hace imposible: aquel hombre es implacable. [*Sale.*]

ESCENA III.

AMALIA, *sola.*

Me abate un mortal desaliento!....En la esperanza de que Ernesto fuera mi esposo, todo lo sufriría con resignación; pero perdiéndole....¿qué encantos habrá en una existencia donde han muerto la esperanza y el amor?....Algunas horas de dicha, tal vez, cuántos años de lágrimas me costarán....No creí que hubiera tantos abrojos en el camino de la vida....¡Hado injusto, me haces soñar con una dicha inmensa, me colocas en la cumbre de la felicidad, y repentinamente me haces descender de mi altura, para arrojarme, con el corazón hecho pedazos en la desesperación!....Dar mi mano á un hombre á quien mi alma repele tener que sacrificarme....oh! no....¡olvidar á

Ernesto!...,ah! esa idea me abrumba, me anonada....Mas tengo que salvar á mi padre.....tengo que librarle del inminente peligro que le amenaza....Dios mío! dame fuerzas para soportar mi desventura! Es terrible la situación en que me encuentro! Sacrificarme!....Jamás. ¡Perder á mi padre...oh!....no....Un cúmulo de pensamientos se agrupa á mi imaginacion delirante....Creo que me volveré loca....,sí....sí....No....,no: una idea luminosa se fija en mi cerebro.... (Siéntase á una mesa y escribe una carta. Después de breve rato toca una campanilla y aparece un criado.) Esta carta. Urgente. Calle de San Honorato, número 36. [Váse el criado.] Pobre mujer, sin mas guía que sus propias inspiraciones....Pobre huérfana abandonada á sus solas fuerzas en tan grave situación....Si yo tuviera una confidente, una madre á quien consultar y pedir consejos! ¡Debe ser tan firme el apoyo de una madre, y su consuelo tan dulce!....,porque las madres adivinan los sufrimientos de sus hijas, toman parte en su penas y aminoran sus dolores....Yo debo devorar en silencio mis lágrimas, sin tener una mano amiga que las enjague....Ah!, que desgraciada soy....,¡no tengo madre!....

ESCENA IV.

LABORDE. AMALIA.

LAB. Amalia, dentro de algunos momentos ha de venir el marqués....
 Sólo tú puedes salvarme, hija mía.
 AMAL. Papá, y si os casárais con Dolores, la hermana de Alejandro?
 LAB. Su hermano no lo consiente: lo que quiere es arruinarme....Tengo que arreglar algunos asuntos....Recibe bien al marqués. Te dejo porque debo ganar tiempo....No sé lo que me pasa, hija mía. [Abrazando á Amalia.] Perdóname....,te sacrifico....,¡eres tan buena!....Alejandro, tal vez, haya dado los primeros pasos judiciales....Mi frente va á cubrirse de oprobio....Voy á otorgar al marqués un poder general después de tu matrimonio....Rochefort es hábil, audaz....,en él confio....¿Te sacrifico, no es verdad? (Váse.)

AMAL.

(Dejándose caer sobre un sillón con abatimiento.) ¡Verdaderamente la mujer es un ser muy desgraciado!

ESCENA V.

AMALIA. ANA.

ANA.
 AMAL.

¿Y Ernesto?....
 ¡No viene! Ernesto tarda. ¡Ah!, en la vida hay días aciagos; días en que damos una caída á cada paso, pues por donde quiera que dirigimos la vista se presentan espesas sombras que nos impiden distinguir un solo rayo de luz. [Dirigese hácia la ventana.] ¡Acaso me olvida!....¡Ingrato! ¿Supiera cuánto le amo!

ANA.

Consuélate....Algún acontecimiento desgraciado....

AMAL.

Me lo hubiera escrito. Es que me olvida, es que me abandona en mi aflicción....

ANA.

No juzgues tan ligeramente la conducta de Ernesto....No habrá podido persuadir á su padre.

AMAL.

Y porqué no viene? ¿Porqué huye de mí?....He ido á hablar con Alejandro; no estaba en su casa. Ernesto tampoco estaba allí....Aquel hombre vengativo, que destruye mi dicha, ¡quién sabe sino se hubiera mostrado sordo á las súplicas de una mujer!....Si no fuera padre de Ernesto...

ANA.

¿El criado que enviaste á hacer pesquisas no le ha visto en la redacción de "EL INVESTIGADOR"?

AMAL.

[Dirigiéndose hácia la ventana.] No....Sufro mucho, ah!, mucho. Los minutos me parecen siglos. Qué dardos tan venenosos los del dolor!....(Llora. Separándose de la ventana.) Viene el marqués. [Enjugándose las lágrimas.] Tengo que ser hipócrita, yo que he sido tan ingenua y siempre ha sonado en mi labio la verdad. Tendré que aparentar que amo al hombre de cuya presencia quisiera huir. Acaso tendrá que estrechar mi mano, la mano fría que mi corazón rechaza. ¡Triste condición la mía! Bien dijo el filósofo griego, "que una de las cosas que más le agradecía á la Providencia era haberle hecho nacer hombre y no mujer..." Tenia razón: el eminente varón sabía que el fuerte sacrifica al débil en lugar

de ser su apoyo....Su grande alma no hubiera podido soportar el triste papel de víctima.
ANA. (Estrechándola.) Me despedazas el alma. [Vàse.]

ESCENA VI.

Dichos, EL MARQUÈS.

MARQ. (Aparte.) ¡Qué agitada está! (A Amalia.) La suerte avara, por fin, me tratará hoy con menos severidad.
AMAL. ¿Porqué lo decís?
MARQ. Porque presiento que me tratareis con agrado y benevolencia.
AMAL. Siempre os he tratado así.
MARQ. ¡Noto cierta agitación en vuestro semblante!....
AMAL. He derramado lágrimas de alegría, porque también hace llorar la dicha.
MARQ. [Aparte.] ¡Triunfé!
AMAL. Pensé que mi tía hubiese efectuado su viaje para Alemania, y he sabido que vendrá á visitarme.
MARQ. (Aparte.) ¡Cáspita!
AMAL. Ya veis que tengo sobrados motivos para derramar dulces lágrimas.
MARQ. (Aparte.) Bien....,abreviemos. [A Amalia.] Se acerca la hora de nuestro enlace.
AMAL. (Con frialdad.) Sí....
MARQ. Día memorable, en que dos seres forman alianza para vivir unidos toda la vida.
AMAL. [Con tibieza.] ¡Sí....,sí....,esa alianza eterna....(Amalia dirige furtivamente una mirada por la ventana.) ¿Habeis visto la nueva obra que ha escrito Chateaubriand?
MARQ. No la he leído.
AMAL. (Vuelve à mirar por la ventana. Aparte.) ¡Pobre esperanza!
MARQ. [Aparte.] Es astuta....,pero que brinque, que salte, ya está en la red.

ESCENA VII.

LABORDE. MARQUÈS. AMALIA.

LAB. Todo está dispuesto para celebrar el contrato matrimonial.
MARQ. Convenido.
LAB. [A Amalia.] ¿Qué dices?
AMAL. (Procurando ocultar la terrible emoción que la domina.) Sí: papá!...
LAB. (Al marquès.) Vamos á arreglar otros asuntos....Dareis órdenes para que venga el notario. (Salen juntos.)

ESCENA VIII.

AMALIA, sola.

¡Se consumará el sacrificio!....Ernesto no aparece. (Cae de rodillas.) Virgen pura, préstame tu poderoso auxilio!....Vierte, Madre mía, el bálsamo de tu consuelo en mi alma desolada! Inspírame abnegación sublime para poder soportar al terrible peso de mi dolor! No me abandones, Madre mía! Mira que no tengo otra madre sobre la tierra. Oye mis ruegos fervorosos: lleguen mis humildes súplicas hasta tu divino trono, y cubre con el manto de tu protección á una débil criatura, que jamas rogó en vano á la Reina de los ángeles! [Quèdese con los ojos fijos en el cielo.]

ESCENA IX.

Dichos, ERNESTO. (Con una herida en la mano derecha.)

ERNEST. [Aparte.] Está orando!.... (Detiènese un instante. A Amalia.) El cielo nunca desoye la oración de los justos.
AMAL. [Conmovida.] Ah!....¿Es Vd.? (Levántase.)
ERNEST. ¿Qué le pasa?
AMAL. Nada, nada....A su lado nada temo. [Con tierna reconvención.] Creí que no vendría....
ERNEST. Se lo había prometido, y sólo la muerte hubiera podido estorbármelo.
AMAL. ¿Porqué ha tardado tanto?
ERNEST. Porque en un desafío me hicieron este rasguño. (Mostrando su mano derecha.)
AMAL. ¡Una herida!....¿Es grave?
ERNEST. Sanará.
AMAL. ¿Con quién se ha batido Vd.?
ERNEST. Con el Marqués.

ESCENA X.

Dichos, LEOPOLDO.

LEOPOL. ¡Ernesto, eres un bárbaro! Salí á hacer visitas, te dejé en casa acostado y cuando volví....Eres un niño, Lefèvre.
ERNEST. No te alarmes.
LEOPOL. Los desarreglos suelen traer malas consecuencias.
ERNEST. Si hubiese permanecido en cama, hubiera perdido para siempre esta joya. (Señalando à Amalia.)

LEOPOL. Entre las personas que te han solicitado, ha estado en su casa tu criado indio. Al saber que habías salido, bajó la escalera exclamando: - Si alguno ha ofendido á Ernesto que se esconda siete piés bajo de tierra...porque lo mato."

ERNEST. Pobre Dagoa! Natural de Méjico, y habiéndome acompañado en mis viajes por América, puedo apreciar la elevación de sus sentimientos y el valor é impetuosidad de su noble raza.

LEOPOL. Pronto te espero en casa; voy á visitar un enfermo de gravedad. [Váse.]

ESCENA XI.

Dichos, ménos LEOPOLDO.

AMAL. Dígame Vd. ¿qué ha conseguido de su padre?

ERNEST. Hasta ahora nada...Insiste en su malhadado propósito.

AMAL. ¿Es decir, que tendremos que separarnos para siempre?

ERNEST. ¿Duda Vd. de mí?

AMAL. ¡Dudar!...

ERNEST. ¿Me ama Vd.?

AMAL. ¡Me amará Vd. siempre!

ERNEST. Tal vez....

ERNEST. [Aparte.] ¡Me hace temblar!

AMAL. Puede suceder que por salvar á mi padre de la afrenta que le espera..., me vea precisada á pasar una vida desgraciada....

ERNEST. (Aparte.) Acaso sea esta la última vez que nos vemos....Eramos tan felices!

AMAL. Qué resolución tomar?...El notario ha de venir en breve....

Mi enlace con el Marqués.

ERNEST. Ah!...no me despedace el corazón!

AMAL. El tiempo urge: dígame Vd. el partido que hemos de tomar.

ERNEST. El único es abandonar la Francia.

AMAL. ¡La fuga!...,oh!...,no....¡Y me aconseja Vd. tal cosa! No, Ernesto, mil veces no....Sea Vd. siempre grande para que yo le ame y le respete.

ERNEST. Nos embarcaremos para los Estados Unidos....Allá nos casaremos...,en cualquier lugar del mundo seremos felices.

AMAL. [Afligida.] Yo no podría serlo, abandonando á mi padre en el conflicto en que se encuentra....Un torcedor eterno desgarraría mi conciencia que me gritaría sin cesar: *hija inhumana è ingrata, que*

abandonas al autor de tus dias, dejándole sumido en la mayor desventura; huyes de la vista de los hombres; pero en vano: jamás podràs sustraerte á tus propios remordimientos ni à la justicia de Dios!

ESCENA XII.

ALEJANDRO. ERNESTO. AMALIA.

AMAL. [Aparte á Ernesto.] Haga Vd. lo posible por persuadirle....Si no lo consigue yo saldré....Tal vez mis ruegos.... (Váse.)

ALEJ. (Acompañado de un indio, que se queda á la entrada.) Hace dos horas te buscaba.

ERNEST. (Ayudándole à entrar.) Aquí me teneis....-Me ha dicho Amalia que su padre está resuelto á casarse con vuestra hermana.

ALEJ. Yo lo creo que se casará!....Más no es todo lo que deseo....¿Así nada más se mancha la reputación de una familia, y se ocasiona la muerte del padre, y la enagenación mental de un hermano, y se hace pasar años de tormentos....[Con sarcasmo.] y con decir: "yo me caso," está subsanado todo?

ERNEST. ¿Y qué pretendéis?

ALEJ. Puesto que nada hay mas doloroso para un avaro que atacarle su bolsa, le haré gastar el último céntimo...,le haré cargar de cadenas....Así que le vea miserable y humillado mendigando un pedazo de pan....,entonces habrá expiado su culpa y quedará conforme.

ERNEST. Permitidme que os diga que eso no es tener humanidad....¡Me extraña que así obre un hombre como vos!

ALEJ. Eso es querer cobrar una deuda.

ERNEST. El deudor se obliga á satisfacerla.

ALEJ. ¿Y los daños y perjuicios?

ERNEST. No son esos los principios cristianos que desde niño me habeis inculcado. Si todos los hombres procediesen así, la sociedad sería un campo de batalla.

ALEJ. ¡Por ventura es otra cosa!....¿No ves en lucha eterna al hermano contra su hermano inventando nuevas armas para destruirse? ¿No ves cómo los hombres se hacen desgraciados por el egoísmo, la envidia y todas las bajas pasiones que los devoran? Si en medio de esa tigrera aparece un

hombre honrado, ¿no ves cómo los demás le persiguen con inaudito encono?...Este mundo sería un paraíso si todos tuviesen por regla de conducta el sublime principio: "No hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo..." ¿Cuál ha sido mi vida?, ¿qué mal he hecho nunca á nadie?...Y sin embargo, me he visto atacado...¡y me defiendiendo! (*Como hablando consigo mismo.*) Aquel hombre entró en mi casa como un huracán, destruyendo y arrasándolo todo!

ERNEST. La terrible pasión de la venganza os ciega.

ALEJ. ¿Y qué quieres?

ERNEST. Que lo olvideis...todo. Yo he visto elefantes y leones domesticados, someterse mansamente á la voz amiga del hombre.

ALEJ. No puede ser, Ernesto: no habrá quien me desvíe una línea del plan que tengo trazado...¡ *Olvidar!* Hay cosas que jamás se olvidan. Hay afrentas que hacen heridas profundas en el corazón, y esas heridas son un cáncer que lo van corroyendo más cada día...[*Con acritud.*] Pero Ernesto...no te comprendo...Contaba con tu cooperación y te hallo rebelde á mis decisiones.

ERNEST. Verdad es que no me comprendéis; para ello sería necesario que tuvierais treinta años menos....A vuestra edad no se ama como en la mía: deploró amargamente que no sea dado á vos comprender lo grande, lo sublime de mi pasión.

ALEJ. ¿Qué dominio fatal ejerce sobre ti ese afectillo?.....

ERNEST. A mí me domina el amor, á vos el odio. El primero produce bienes, el segundo siempre males: decidme, pues sois justo, cuál es el camino que manda seguir la recta razón....¿Ni aquella inocente jóven, que es un dechado de virtudes, puede detener vuestro brazo?

ALEJ. (*Con resolución.*) Te he dicho que no me paro en los medios: voy á llegar al fin, destruyendo todos los obstáculos que se opongan á mi paso.

ERNEST. Pues bien..., si el amor de un hijo que os ama y os pide su bendición por última vez..., si el amor que este hijo profesa á la hija del hombre á quien vais á perder....., si esta estocada nada puede en vuestro

corazón...., adiós, padre mío....Yo os abandono....Quiero huir para siempre del trato de los hombres....Abandono á mi adorada Amalia, á quien vais á sumergir en la mayor desesperación....Os abandono para irme á vivir á los desiertos de América....

ALEJ. ¡Ernesto, tú deliras!

ERNEST. Los indios son generosos y hospitalarios: ellos acogerán con agrado á un europeo, que va á buscar en aquellos bosques frondosos lapaz y la dicha que no pudo hallar entre los hombres, que dicen haber llegado á la cumbre de la civilización.

ALEJ. ¿Quién te ha hecho esa herida, Ernesto?.....¿Es grave?

ERNEST. Siento que no sea más profunda.

ALEJ. ¡Bien me habían dicho que te habías batido! No me lo advertiste.

ERNEST. Para qué quereis saber los peligros á que se espone un hijo á quien tanto habeis amado, pero que ahora le desgarrais el corazón con vuestra temeridad.

ALEJ. Vamos á tu casa.

ERNEST. Tengo que despedirme de Amalia....por última vez....Estos documentos (*le presenta algunos pliegos.*) os pondrán en posesión de los bienes que poseo. Es una débil muestra de gratitud....Son innumerables los beneficios que os debo....He contraído con vos deudas que jamás podré pagar: habeis socorrido al huérfano indigente, le habeis educado y hecho hombre....Grabados en mi ánimo vuestro esmero y paternal solicitud, todos los días de mi vida recordaré con respeto vuestras bondades, y cuando exhale el último aliento, moriré bendiciendo vuestro nombre. (*Conmovido.*) Ernesto....

ALEJ. Terminaré mi existencia en el hermoso país descubierta por Colón.

ERNEST. Pero solo....en aquel mortífero clima....

ALEJ. En la jóven América, donde la naturaleza se manifiesta en toda su majestad y lozanía, conocí á ese indígena....[*señalando al indio.*] Un solo rasgo os hará comprender su bella alma. Nos hallábamos en la bahía de La Habana cuando había caído al mar un niño, é instantáneamente fué engullido por un tiburón. El padre del niño, con el

desconsuelo más desgarrador, notaba amargamente, cuando Dagoa se ofreció aplicar el merecido castigo al tirano de los mares. Saca un largo cuchillo, arrójase al agua; el tiburón se aleja, vuelve, le embiste....¡horroroso espectáculo!....Agrúpase la gente sobre el muelle para presenciar el singular combate. Todos creían ver devorar á Dagoa; mas al cabo de algunos minutos vieron flotar sin vida al tirano de los mares....El padre pudo estrechar el cadáver de su hijo.

ALEJ.
ERNEST. (Al indio.) ¡Heroica acción!
No es eso todo. Al salir del mar, un pariente de la víctima le presentó algunas onzas de oro. Dagoa contestó: "Desde muy niño, he jugado con ese metal en los arroyos de mi país. Yo no vendo mi vida: la espongo, y aun la sacrifico cuando mi conciencia me lo manda. Ví afligido á un hombre: quise consolarle devolviéndole á su hijo, aunque muerto." (Dirigese hácia el indio.) Compañero y amigo mío!, recorreremos juntos los bosques de tu país....Si tú pudieras, me salvarías hoy del abismo del infortunio, del monstruo de la desesperación que pronto va á devorarme.

ESCENA XIII.

AMALIA. TERESA. ALEJANDRO. ERNESTO.

[Aparece Teresa en el dintel de la puerta.]

ALEJ. Ernesto, ¿donde está tu esposa?
AMAL. (Entrando. Aparte.) Gracias, Dios mío!
ALEJ. (A Ernesto.) Dale la mano.
ERNEST. [Estrechàndosela con efusión.]
¡Cuánta dicha, justo cielo!
TER. (Asombrada.) ¡Qué veo! [Entra.]
AMAL. (Corriendo à estrecharla.) ¡Somos felices!
TER. Los buenos, al fin, triunfan.
(Oyense voces entre la muchedumbre que grita: ¡viva el emperador! ¡viva el emperador!)
AMAL. (A Ernesto.) ¿Vd., como buen francés, celebrará la venida de Bonaparte?
ERNEST. No, Amalia mía; antes que francés soy hombre, y más que todo fija mi atención la humanidad solidaria. Ese pueblo que clama: ¡viva el emperador!, gritará mañana: ¡abajo el imperio! Reconozco el genio extraordinario del ilustre guerrero;

entusiasmo fanático. Los hombres pasan, las ideas quedan: así es que yo sólo proclamo y defiendo los altos principios de la libertad y de la justicia, bases indestructibles sobre las cuales descansan las sociedades modernas.

ESCENA XIV.

Dichos, LABORDE.

LAB. [Mirando para atrás.] No hay duda, se acerca Napoleón.
AMAL. [Al verle.] ¡Hemos triunfando, papá!
LAB. [Balbuceando.] ¡Que....que....qué dices?....
ALEJ. [A Laborde.] Aquí teneis estos documentos. (Se los entrega.)
LAB. [Lanzando un hondo suspiro.] Aaaaah!....(Aparte.) Puedo ahora respirar!
TER. (A Alejandro.) ¿De dónde hubisteis esos documentos?
ALEJ. Me los remitió á Marsella una persona que no conozco.
TER. (A Laborde.) Esos papeles se me extraviaron en casa del marqués, hace doce años, cuando estuve allá hospedada con objeto de acomodarme aquí. Entre los documentos había algunos que al marqués perjudicaban. Rochefort quemaría los que le perjudicaban; los míos se los reservó para un caso como el presente. (Entra el marqués y oye las últimas palabras.)

ESCENA XV.

Dichos, EL MARQUÈS

MARQ. (Desesperado.) Todo lo adivino!....[Aparte.] El astro se ha eclipsado!
ERNEST. Vuelvo á encontrarme con el hombre que ha querido hacerme tanto daño!
ALEJ. Ernesto...., mira que el marqués....
ERNEST. ¿Qué ibais á decir?
ALEJ. ¡Que el marqués es tu padre!
ERNEST. ¡Qué decís!
MARQ. ¿Hijo de quién?
ALEJ. Hijo vuestro y de una modista á quien engañasteis y sedujisteis, declarándola después vuestro rango y posición social....En aquella época pasabais una temporada en Marsella. La noche que os despedisteis de la pobre

ERNEST. Carlota, la entregasteis unos cuantos centenares de francos en billetes de banco que ella quemó en presencia vuestra....Al otro día, os vinisteis para París, sin acordaros jamás de ella....Al cabo de un año, un obrero, pariente de la modista, casóse con ella, legitimando al niño que lleva el apellido del esposo.
(Dando un paso hacia el marqués.) Yo debo vengar.....

ALEJ. Detente....¿No me has obligado á que perdone? Deja que lo pasado quede sumido en un abismo profundo.....Si no habituamos el corazón á perdonar las injurias, tendremos que vivir llenos de odio y de rencor pues á cada paso tropezamos con la falsedad y la infamia de los hombres. ¡Felices aquéllos que, habiendo bebido en las divinas fuentes del Evangelio, deploran los extravíos de los humanos, se compadecen de ellos, y alimentando en su alma las sanas creencias, gozan de la dulce paz de una vida tranquila!

(Se acrecientan los gritos de: ¡viva el emperador! ¡viva el emperador! ¡viva el emperador!)

ESCENA XVI.

Dichos, LEOPOLDO.

LEOPOL. ¡Será un gusto ver ahora los camaleones políticos!

MARQ. [Aparte, dando pasos inciertos.] Este mundo es una cárcel horrible....¡Un inmundo calabozo!....

LEOPOL. (Fijándose en Rochefort.) ¿Qué teneis?...., ¿qué le ha sucedido al marqués?....¡Detenedle!....¡está loco!....-Acaso la próxima llegada de Napoleón.

ALEJ. No: es que está arruinado: hoy se ejecutan sus bienes.

MARQ. Sí...., no hay remedio!....(Sale, entra, se detiene, por fin, se marcha.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, menos EL MARQUÉS.

ALEJ. (A Ernesto.) Avisa al notario para que firmen el contrato de boda.

LAB. (A Alejandro.) Mandad buscar á Dolores para que á la vez celebremos los dos matrimonios....y lo pasado

AMAL. que quede en la tumba del olvido.
TER. Viviremos juntas, querida tía.
Sí: ¡qué inmenso placer siente mi alma!

ERNEST. ¡Cuánta felicidad después de tantas angustias!

LEOPOL. (Mirando por la ventana.) Ha pasado....llega á su casa....entra....¡Está loco! ¡loco! ¡loco!....Si no le detienen va á suicidarse ese hombre....¡Detenedle! ¡detenedle!....

(Oyese un tiro. -Laborde y Ernesto se acercan á la ventana, Leopoldo retrocede espantado.)

AMAL. [Asustada.] ¡Qué sucede?

LEOPOL. ¡Horror!!!....¡qué atrocidad!....¡Se ha levantado la tapa de los sesos!

ALEJ. ¡Pobre hombre! ¡El que vive mal, muere mal!

ERNEST. Ah!...., ¡desgraciado!....Al fin era mi padre.

ALEJ. Feneció el padre de la materia!....Queda el que cultivó tu inteligencia, te dió educación y te ha inspirado amor al trabajo.

ERNEST. ¡Séale la tierra ligera al que ha fenecido y respetemos su cadáver!

FIN DEL DRAMA.